

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CREPÚSCULOS

Hace quince días hablábamos de atentados, sea contra la tranquilidad, sea contra la hacienda, sea contra la seguridad y la vida de los habitantes de la corte española; y el tema sigue siendo más que nunca actual, llegando ya á preocupar los ánimos y á suscitar inquietudes y alarmas serias. Es uno de los aspectos de nuestra decadencia, uno de los eslabones de la cadena con que el África tira de nosotros hacia sí, este recrudescimiento de la delincuencia, ahora que la guerra se ha terminado (ya sabemos cómo).

Comparando épocas con épocas, me ha sucedido en los dos últimos años notar gran similitud entre las postrimerías del siglo XVII y el desdichado tiempo actual. Una obra de imaginación, *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, acude frecuentemente á mi memoria. Hay sin duda en *Ruy Blas* mucho de caprichoso y fantástico, infinitas incongruencias de esas que observa y corrige mi sabio amigo Alfredo Morel Fatio, en sus *Estudios sobre España* (donde se burla con tanta sal de los gazapos de la Academia Española): hay una donosa genealogía de los Bazanes fundada en erratas de imprenta; hay libertad en la invención...; pero, como reconoce el mismo erudito tan bien enterado de nuestras cosas que ya quisieran estarlo así los españoles, el medio ambiente de *Ruy Blas*, muy superior á *Hernani*, no difiere esencialmente del que podríamos reconstituir estudiando los monumentos escritos de aquellos luctuosos días. — Lo que presta á *Ruy Blas*, en el fondo, carácter de verdad extraordinaria, son las sorprendentes aplicaciones que de su texto pueden hacerse á las actuales circunstancias, en este período de reincidencia de nuestra historia.

Recuérdese que en *Ruy Blas* se habla de un ladrón llamado *Matalobos*, venido de Galicia por más señas, y que á su sabor, sin miedo á alguaciles ni á corchetes, pide bolsa ó vida y aligera de ropa y alhajas á los transeúntes. Los *Matalobos* de ahora vienen de todas partes, de Alicante, por ejemplo; pónense en camino convencidos de que Madrid es una selva, y en ella seguro y fructuoso el golpe, la impunidad certísima; llegan, ven confirmadas sus esperanzas por la facilidad con que se les acoge y hospeda y agasaja en la propia casa de la designada víctima, y con un optimismo de conjeturas que espanta, deciden acogotar á tres ó cuatro personas, arramblar con lo que encuentren y volverse á su pueblo á disfrutar en paz el fruto de la hazaña. Grande habrá sido la sorpresa, no menor el desencanto de los cándidos paletos (cándidos, sí, en medio del crimen), al ver que en este Madrid, á pesar de todo, aún es ardua empresa despachar al otro mundo tanta gente sin que se alborote la vecindad. «Nos han engañado; han abusado de nuestra credulidad infantil,» dirán los dos enamorados muchachos que acudieron con ánimo de enlazar la luna de miel con la luna roja de sangre, y unir el idilio á la tragedia doméstica. ¡Qué sorpresa al despertarse de su sueño de amor y oro con la hoga puestas y las manos atadas atrás!

Y es indiscutible: los jóvenes asesinos de la calle Mayor han creído poder consumir el degüello y el despojo sin dificultad alguna, marchando la acción, que diría Macbeth, como una seda. Aquí está lo grave del caso. Asesinatos y robos los hubo en todo tiempo y los habrá siempre por preventivas y represivas que sean las leyes, por estrechamente que se ejercite la vigilancia. No vive más el leal de lo que quiere el traidor, ni vamos á colocar un policía detrás de cada ciudadano. Pero reviste carácter antisocial y disolvente hasta la medula el crimen, cuando alienta al criminal, y no sin fundamento, la esperanza de la impunidad en reiterados ejemplos basada, y la convicción de que están á merced del puñal las vidas y al alcance de las uñas las haciendas. Esto es lo que reviste de tinte más sombrío los atentados que menudean en el momento presente.

Causas sociales profundas contribuyen á la alarma y al disgusto general. Por fin empieza á vislumbrarse

lo que hace tiempo decíamos algunos, á riesgo de pasar por nada caritativos y asaz pedernales de entrañas: que la mendicidad es hermana gemela del delito, y que una capital populosa donde bulle lo que ya todos llaman hampa callejera, por milagro sería segura y tranquila así que anochece. Recluir en Asilos á los pordioseros, pronto se dice, pero me parece medicina ineficaz. Estos remedios mecánicos no llegan á lo vivo de los tejidos, á lo íntimo de un organismo tan enfermo. Claro es que por primera providencia se les recluye, y no lo desaprovecho; sin embargo, no basta. El hábito del trabajo, la economía y previsión, la conciencia racional del deber, no se forman con dar el gazofilacio de un Asilo á esta humanidad inferior, embrutecida y picardeada á la vez. La situación de España, los tristes motivos que determinan su pobreza, su atraso, su bajísimo nivel en lo relativo á estos problemas, tampoco se modifican haciendo cuerdas de mendigos y confundiendo al verdadero necesitado, al que tiende la mano por hambre y carencia de trabajo — hay algunos, — con el siniestro rondador de bufanda al hombro, que elige el sitio más solitario de una encrucijada de calles, ó el ángulo desierto de una plazuela, para murmurar en voz ronca y con actitud amenazadora: «¡Soy un artista desgraciado!... ¡Socórrame usted, hermana!»

¿Qué vemos en la pareja alicantina que se fugó de su lugar y llegó á Madrid para combinar, entre dos caricias, una degollación y un espolio? — Más que la maldad, la estupidez; el desconocimiento de las primeras nociones de la cultura moral humana, y hasta de la mera previsión. — De los dos maderos del patíbulo — ignorancia y miseria, — es el primero el que á éstos les sujetó, en medio de las sombras acumuladas en su inteligencia. Ensalzó el docto Miguel de Unamuno, en humorística paradoja, á los *idiotas*, es decir, á los pobres de espíritu, pegados á su terruño, sin ideas, sin raciocinios ni sutilezas críticas de ninguna clase. No dire yo que no exista el *idiota* sencillo y dulce, el *buen salvaje*, que dice Salillas; pero Dios nos libre del *idiota* tigre á quien no contiene ni el instinto de conservación, porque la atrofia de su cerebro no le permite calcular las probabilidades de un hecho. Parecióles á los dos idiotas del crimen de la calle Mayor que todo el monte era orégano, y vinieron con una inocencia paradisiaca, con la inconsciencia del animal, á echarse sobre su presa. Un poco de luz en el entendimiento no hace santos á los malvados, estoy conforme; no obstante, los avisa y reprime, los detiene quizás al borde del precipicio. Se ha clamado pidiendo la pena capital para los paletos de la calle Mayor. Que la merecen no es dudoso, y sin embargo, la sociedad, la patria, los que la des gobiernan, los que la roen y consumen y cierran sus ojos y tapan sus oídos para que la catalepsia se prolongue, deben meter la mano en el seno y ver si no son también responsables de la sangre derramada...

**

Y se estrenó *La Walkyria*, y no gustó, y salió todo el mundo hablando de jarabe de adormideras, de lata insufrible, y renegando de Wagner, y hasta — frase textual — de su señor padre, que lo engendró tan pesado. Algunos, es cierto, estuvimos como en misa, y nos dejamos halagar deleitosamente el oído y la imaginación con el perfectísimo tercer acto de la segunda parte de la tetralogía; con la maravillosa *cabalgada* y la divinamente suave y misteriosa *encantación del fuego*, páginas que ellas solas bastan para disputar á Wagner por incomparable artista — Yo no soy ni melómana de oficio, ni wagnerófila iniciada. Jamás se me ha ocurrido que por oír con tal delicia la *encantación del fuego*, estoy en el deber de alzar los hombros desdeñosa cuando canten *El barbero de Sevilla*. También *El barbero* me gusta, me inunda el espíritu de una alegría maliciosa, me recuerda á Andalucía, con sus noches claras y tibias, sus balcones y sus rejas. Y es preciso que tengamos sitio para todo lo bello, paladar hecho á distinguir todo manjar selecto y fino. Por eso me ha parecido triste que el público de Madrid, en conjunto, no haya sabido escuchar á Wagner.

El libro de Rodolfo Soriano, *La Walkyria en Bayreuth*, amenísimo estudio que tampoco es de un fanático wagnerista, sino de un apreciador inteligente y de un expositos y vulgarizador utilísimo, podía haber servido de catecismo á los profanos. Me cuento en el número, y declaro que, no habiendo podido asistir á las representaciones de *La Walkyria* en Bayreuth, la obra de Soriano me sirvió para entenderla y disfrutarla mejor en Madrid, donde, á pesar de bastantes defectos y faltas en el desempeño, *atresco*, mecánica, vestuario, colorido de la orquesta, etcétera, etc., el estreno era un plato de gusto, una novedad atractiva que debió causar algo más que mohines de desagrado y simulaciones de bostezo.

Enhorabuena si bostezasen en nombre de una teoría estética, de latinismo ó siquiera de patriotismo mal entendido, como los franceses después de la guerra. Eso sería algo; sería una idea, sería un movimiento intelectual; habría discusión, lucha, calor, energía, sentimiento. El bostezo del público del Real ha sido meramente una protesta contra la atención y el recogimiento que exige la música de Wagner. Nada que obligue á concentrarse, nada que mueva á reflexión. — Y aquí entran mis dudas. ¿Es necesario concentrarse para sentir la hermosura del *fuego encantado*, el brío marcial y terrible de la gritería walkyriana, las frases de acero de Brunilda, la melodía delicadísima y sugestiva del *Canto á la primavera*? ¿No bastan los nervios, la imaginación, el oído? Creo que sí. Hay mucho de leyenda en esto de que sea preciso estudiar metafísica ó matemáticas sublimes antes de comprender á Wagner. La suma belleza artística siempre es directa, fulminante, fuerte y poderosa. Se impone. ¡Y sostener que Wagner adormece! Lo que hace es despabilar. Una audición *sentida* de *La Walkyria* consume mucho fluido nervioso. Naturalmente, el que se propone no escucharla no gasta un céntimo... Es el caso del público que salía al *foyer* del Real, caviloso y aburrido, quejándose de la extensión de la obra, que en día de estreno terminaba á la una y media — el público que diariamente asiste á la última función de Apolo, ve por centésima vez el mismo sainete, y se retira á las dos, ó las dos y media, — contento, bromeando, brillantes los ojos y florida la solapa del frac.

El público español, en general, es enemigo de lo nuevo y de lo extranjero, sólo por ser extranjero y nuevo. Nuestra naturaleza nos inclina al oficio de aduaneros intelectuales. Nuestro orgullo vano nos incita á desdeñar lo que no producimos, al mismo tiempo que no prestamos gran atención á lo que producimos, como si fuese tan fácil hinchar un perro. En la segunda representación de *La Walkyria* no faltó quien remedase, aprovechándose de la semiobscuridad en que queda la sala, gruñidos de animales y ronquidos irónicos. He aquí el medio de la cultura dominante; por esta medida la despachamos... Arriba y abajo se parecen más de lo que á primera vista creará cualquiera. ¡Imitar el cerdo en *La Walkyria*!

Y así y todo es de esperar que Wagner triunfará en el «regio coliseo» como ha triunfado ya en los conciertos. Llegará á oírse la tetralogía como se oyen *Lohengrin* y *Tannhäuser*, y acaso, acaso, un empresario valiente, andando el tiempo, se atreva con *Parsifal*. Para entonces ya estaremos archiregenerados, nos habrán vuelto del revés, y formaremos parte de Europa. *Parsifal* será para nosotros un símbolo. Ya se sabe que Parsifal es el destinado á rescatar los pecados y los yerros de Amfortas, el que disipa las sombras y las tinieblas del mal, el que restaña la sangre de la eterna herida.

EMILIA PARDO BAZÁN

